

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 1870-3925

Reseñas

Philippe Corcuff (2005),
Las nuevas sociologías.

Madrid,
Alianza Editorial,
119 pp.

Todavía es común encontrar en las escuelas, departamentos y facultades de ciencias sociales debates y disputas sobre formas dicotómicas añejas de ver el mundo social: estructura/sujeto, macro/micro, material/ideal, colectivo/individual, objetivo/subjetivo. Desde fuera, tales confrontaciones se perciben como si las ciencias fueran un campo lleno de paradigmas y referencias teóricas, rivalidades entre escuelas, hiperespecialización de las subdisciplinas. Y lo que es peor, surge la pregunta de si todo esto es una disciplina científica o se trata de una yuxtaposición de orientaciones y trabajos muy dispares.

La tarea de Philippe Corcuff —director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Lyon II— es mostrar que lo anterior es sólo un aspecto de la realidad. Existen *nuevas sociologías*, es decir, una serie de convergencias inéditas entre investigaciones, cuyos puntos de partida y recursos conceptuales son muy diferentes. Aun así, los(as) sociólogos(as) de esta sociología nueva hacen intentos reconocidos para superar las antinomias clásicas, pues consideran que continuar trabajando sobre esas bases resulta poco productivo.

¿Qué tienen de novedoso esas sociologías descubiertas por Corcuff, y que han dado frutos al final de las décadas de los ochenta y noventa?, principalmente sus aportaciones y marcos conceptuales de referencia. El libro *Las nuevas sociologías* tiene un apellido: La realidad social en construcción, que se suprimió en la traducción al español. En éste, el escritor da la clave de su “recorrido sintético y parcial” de las sociologías nuevas debatidas al final del siglo xx. Corcuff seleccionó autores, conceptos y resultados de investigaciones o debates a partir del hilo conductor del *constructivismo social* —“la realidad social tiende a considerarse construida (y no natural o dada de una vez

para siempre)” (p. 10). Como toda selección, reconoce haber dejado de lado otros trabajos de ese tiempo, que no trataron de superar las antinomias tradicionales.

Corcuff nos invita a un recorrido con seis estaciones (capítulos). En la primera, “Estructuras sociales en las interacciones”, recuerda que la sociología es en buena medida resultado de tradiciones filosóficas; sus herencias más reconocidas están entre las oposiciones idealismo/materialismo, sujeto/objeto, las cuales reactivaron en las ciencias sociales ciertas distinciones como esencia/apariencia, realidad/apariencia, expresadas en el reconocimiento de una realidad “verdadera” (más “dura” y “determinante”) distinta a otra más “superficial” o “ilusoria” (más “falsa” y “determinada”). David Rubinstein, desde la sociología y Maurice Godelier, desde la antropología, hicieron una lectura diferente de Karl Marx, y ofrecieron pistas para abandonar las oposiciones clásicas.

La dicotomía sujeto/objeto es la herencia de la filosofía. En un mar de definiciones sobre “lo objetivo”, Corcuff destaca la vía nueva marcada por Pierre Bourdieu, para superar esas distinciones, en sus críticas al objetivismo y subjetivismo. Su intervención permite abordar las cuestiones siguientes: ¿qué relaciones existen entre los aspectos objetivos y subjetivos del mundo social y cómo debe construirse el objeto sociológico? ¿Cómo integrar en la construcción del objeto una *reflexión sociológica* sobre su relación con él?

Otra herencia: lo colectivo e individual. La referencia obligada es Émile Durkheim, para quien lo colectivo remitía a la idea de presiones exteriores impuestas a las personas y a un ámbito de validez que trasciende las conciencias individuales. Con todo, François Héran y Bernard Lacroix han encontrado en Durkheim elementos con una orientación más constructivista; pero la reacción más radical para considerar los factores individuales proviene del llamado “interaccionismo simbólico”, y sostiene que lo colectivo es un mero resultado de las actividades individuales, mediante *efectos de agregación y composición*.

El desafío para las ciencias sociales radica en concebir la coproducción de las partes y del todo. Jean Piaget, Jean-Pierre Dupuy y Michael Sandel han reflexionado sobre establecer una concepción plural de los individuos, como *productos y productores de diversas relaciones sociales*. Esta idea gira en torno a la orientación definida por Corcuff como la problemática constructivista. Se trata de una perspectiva, en la cual las realidades sociales se conciben como construcciones históricas y cotidianas de actores individuales y colectivos. ¿A partir de qué elementos se construye el mundo social? ¿Qué hay con las formas sociales pasadas y con las nuevas? ¿Cómo se conjugan las herencias y la obra social cotidiana? Son preguntas que los constructivistas están intentado responder con sus formas nuevas de realismo. Corcuff advierte que los auto-

res analizados, además de sostener divergencias, no se distancian del todo de ciertas concepciones tradicionales. Sin embargo, se trata de destacar más las convergencias y la manera en que proponen superar las oposiciones.

¿Cómo se ven las estructuras sociales en las interacciones? Corcuff decidió abordar en la segunda estación de su recorrido a Norbert Elias, Pierre Bourdieu y Anthony Giddens, aunque no son autores tan nuevos.

Para Elias, el objeto de estudio de la sociología son los individuos interdependientes; la sociedad es un tejido cambiante y móvil de interdependencias múltiples que vinculan recíprocamente a los sujetos. Tejido atravesado por configuraciones (sistema) o formas específicas de interdependencia (de intercambios equilibrados pero donde existe la desigualdad, la dominación y el poder), sin limitarse a lo experimentado o percibido por las personas conscientemente. Elias considera que el todo tiene primacía sobre las partes, y sostiene también que las ideas de interdependencia y configuración sustituyen totalmente a las de interacción. Con todo, para Corcuff, Elias no agota la cuestión de la articulación de lo macro y lo micro, como tampoco se escapa de las trampas evolucionistas por su concepción de la historia occidental como proceso civilizatorio, cercana a una teoría objetiva de la evolución de la sociedad.

Por su parte, para Bourdieu en la unión del *habitus* (historia hecha cuerpo) y del campo (historia hecha cosa) se presenta el mecanismo principal de la producción del mundo social. Esa conjunción se logra en su constructivismo estructuralista, en el cual ocurre un movimiento de interiorización del exterior (*habitus*/clases de *habitus*) y de exteriorización de lo interior (campos/campos de fuerzas y luchas). Bourdieu otorga cierta primacía a las estructuras objetivas de las dimensiones objetiva y construida de la realidad social, que constituyen tanto el fundamento de las representaciones subjetivas como los constreñimientos estructurales que pesan sobre las interacciones. En tal virtud, Bourdieu, al igual que Elias, pasa por alto el peso de las interacciones cara a cara en los procesos de la realidad social, pues considera que ocultan las estructuras que se desenvuelven en ellas, y son más que actualizaciones coyunturales de la relación objetiva.

Jean-Claude Passeron, Claude Grignon y Michel Dobry han criticado al constructivismo estructuralista. Los dos primeros en su análisis del tratamiento común de las culturas populares desde la dominación simbólica, la cual consideran como una dimensión. Bourdieu, en cambio, trata las producciones culturales exclusivamente en sus relaciones con las formas culturales dominantes, a través de un instrumento legitimista como la noción de capital cultural. Michel Dobry, por su parte, hace sociología de las crisis políticas avanzando por el camino de un constructivismo más equilibrado en cuanto a las relaciones entre las estructuras sociales y las interacciones. Su

tratamiento de las coyunturas y de las crisis le permite responder de mejor manera cómo influyen las estructuras sociales sobre los periodos de crisis y cómo se vislumbra la vulnerabilidad de las que actúan en los contextos más rutinarios. Si bien Dobry inscribe sus trabajos en el desarrollo de los de Bourdieu, también incorpora orientaciones propias del interaccionismo de Peter L. Berger, Thomas Luckmann y Erving Goffman.

A diferencia de Elias y Bourdieu, la obra de Giddens es básicamente teórica. En ella ha intentado combinar, mediante su teoría de la estructuración, una sociología de las estructuras sociales y de la acción. La dualidad estructural es una pieza clave en su explicación de la edificación del mundo social. Las propiedades de los sistemas sociales son a la vez condiciones y resultados de las actividades realizadas por los agentes que forman parte de ellos. Para él, lo estructural siempre constriñe y posibilita al mismo tiempo, porque los actores son competentes al disponer de capacidad reflexiva, aunque limitada —debido al inconsciente y a las consecuencias no intencionales de la acción—. Esto permite a Giddens no concebir rígidamente las relaciones entre conocimiento común y erudito del mundo social. Pero aun y cuando critica los abordajes que atribuyen racionalidad autosuficiente al sistema social, recurre a las nociones de él, y a su integración sistémica y social, sin dejar de advertir que los sistemas sociales rara vez poseen la unidad interna que caracteriza a algunos físicos y biológicos. Con todo, según Corcuff, Giddens tiene dificultades para considerar de manera equilibrada los procesos de coproducción de las partes y del todo.

¿Cómo se dan las interacciones en las estructuras sociales? Peter Berger, Thomas Luckmann, Aaron Cicourel, Michel Callon, Bruno Latour y John Elster intentaron salir, según Corcuff, del ámbito microsociológico estricto y evitar las dicotomías tradicionales. Por ende, analiza sus aportaciones en el capítulo tercero. Berger y Luckmann bebieron de las enseñanzas de Alfred Schütz, iniciador de una sociología fenomenológica, pero en su programa constructivista recurrieron a Marx, Durkheim, Georg Simmel, Weber, Mead, Sartre, Talcott Parsons y Goffman. Berger y Luckmann sostienen que la sociedad —realidad objetiva y subjetiva— en su proceso doble de exteriorización y objetivación, se apoya en el conocimiento común tipificador y en las interacciones cara a cara, con lo cual alimenta los procesos de institucionalización en sentido amplio. A través de fenómenos de cristalización de las tipificaciones y los hábitos —donde la historia hace su parte—, y de su sedimentación en el curso del tiempo, las instituciones adquieren solidez, estabilidad y se especializan; los actores desempeñan roles sociales diferenciados. Estos universos institucionales requieren legitimaciones de orden cognitivo y normativo (formas simbólicas); aun así, este proceso no es irreversible puesto que pueden existir formas de desinstitucionalización. Así como existe un proce-

so de institucionalización, también hay uno de socialización —la interiorización de la realidad subjetiva— que conserva y transforma la realidad. Mark Granovetter y Richard Swedberg o Claude Dubar han retomado la socialización en sus trabajos de sociología económica. Pero también otros han observado que Berger y Luckmann ponen las relaciones interindividuales en la base de toda objetivación, y que han olvidado que el objeto de la sociología va mucho más allá de la cultura del sentido común de los actores.

Aron Cicourel ha orientado sus trabajos hacia una sociología cognitiva, interesándose por el lenguaje, el significado y el conocimiento. Las nociones de procedimientos interpretativos y competencia interaccional están en el centro de sus investigaciones. Su análisis se abre también al campo de la comunicación verbal. La noción de *resumen* (*summary*) es crucial para entender cómo microacontecimientos se transforman en macroestructuras, mediante el procesamiento de la información de los actores y su trabajo para garantizar vías de comunicación entre los ámbitos micro y macro. Cicourel explora también la imbricación de los contextos en las actividades sociales, e invita al investigador a garantizar la validez contextual (*ecological validity*) de sus datos respecto a los contextos comunes en la vida cotidiana. Corcuff recomienda no perder de vista los resultados del debate Bourdieu-Cicourel, donde el último hace una apropiación crítica del concepto de *habitus* del primero.

Michel Callon y Bruno Latour destacan por sus aportaciones a un nuevo marco de análisis, a partir de un conjunto de investigaciones empíricas en los ámbitos científico y técnico. Han tomado conceptos de la filosofía de la ciencia (Michel Serres) y del programa fuerte de sociología del conocimiento (David Bloor), donde los principios de la *imparcialidad* (“ante la verdad o la falsedad, la racionalidad o irracionalidad, el éxito o el fracaso” de las construcciones científicas estudiadas) y de *simetría* (“los mismos tipos de causas deben explicar las creencias ‘verdaderas’ y ‘falsas’”) imponen un relativismo metodológico respecto al objeto de análisis, pero no desembocan en otro absoluto en el que la idea de verdad careciera de sentido. Por una parte, investigan cómo se construyen los hechos científicos, pero también analizan cómo los actores —individuales y colectivos, humanos o no— traducen —e intertraducen— sus lenguajes, problemas, identidades o intereses en los de otros, forman cadenas de traducción —modificadas por actividades diferentes—, provocan desplazamientos con los cambios de situaciones de sus prácticas cotidianas y establecen redes de relaciones entre personas y objetos, que son el resultado más o menos solidificado del proceso de traducción y de cierre de cajas negras —esa cantidad de cosas que damos por supuestas y no cuestionamos, desde hechos científicos hasta instituciones— cerradas por los actores.

Finalmente, está el proyecto de Jon Elster que puede hacer vacilar a Corcuff entre dos vías: superar las antinomias clásicas de las ciencias sociales, mediante dos enfoques complementarios (elección racional/normas sociales) pero no articulados, y abordar el estudio de la coproducción intentando identificar interrelaciones (el caso de las motivaciones mixtas). Elster ha trabajado sobre los límites de la racionalidad, situado en los márgenes del paradigma individualista y de la teoría de la elección racional.

El cuarto apartado del libro reúne dos ámbitos considerados por separado durante mucho tiempo: la construcción y la clasificación y categorización de los grupos sociales. La formación de la clase obrera en Inglaterra, de Edward P. Thompson, constituye la obra de referencia en la elaboración de investigaciones nuevas de corte constructivista sobre las clases sociales; trabajo en el que se invierte la perspectiva marxista con base en herramientas de la historia social. Más recientemente, Luc Boltanski elabora y sistematiza un enfoque constructivista de los grupos sociales, con lo cual desnaturaliza lo que parece tan natural, aprehendiendo el proceso sociohistórico de su naturalización.

En lo que respecta a la categorización, Mary Douglas retoma la tradición durkheimiana de las representaciones colectivas y, más particularmente, las formas de clasificación, y se interesa por las relaciones entre los actos individuales, las formas colectivas de clasificación y las instituciones sociales. De manera más reciente, Alain Desrosières y Laurent Thévenot han mostrado cómo el problema de la categorización social —reintroducir el mundo social en las categorías— permite establecer conexiones entre las representaciones científica y técnica, política y cognitiva, que remiten a operaciones diferentes cuya característica en común es equiparar a las personas, que de esta forma se vuelven conmensurables.

Con este mismo interés, pero enfocado al problema de las identidades, se encuentran los trabajos de Alessandro Pizzorno. Para poder determinar sus intereses y calcular costos y beneficios, el sujeto agente, dice Pizzorno, debe asegurarse de su identidad mediante la pertenencia a un colectivo unificador. De esta forma recibirá los criterios que le permitirán definir sus intereses y dotar de sentido a su acción. Así trata de evitar los callejones sin salida de los enfoques utilitaristas de la participación en la acción colectiva.

Además de los trabajos de Boltanski, Desrosières y Thévenot, quienes han aplicado el enfoque genético de los grupos sociales y de los métodos de clasificación, destacan los análisis de Eviatar Zerubavel, sobre la formación histórica de una medida estandarizada de tiempo a escala mundial (*Greenwich Mean Time*), los de Gérard Noiriel sobre la clase obrera francesa y la configuración de lo nacional, también los de Robert Salais, acerca de la aparición y la institucionalización de la categoría de desempleo, continuados por

Christian Topalov. Todos ellos investigan con un enfoque que encierra tanto los peligros de la búsqueda infinita de los orígenes como el análisis de las prácticas sociales en el pasado, olvidando el proceso presente y la apertura al porvenir, también propios de la historicidad.

La pluralidad de los individuos ha despertado el interés de las ciencias sociales en los últimos años, sin olvidar los antecedentes del movimiento en la historia del análisis social en los trabajos de Mary Douglas, Schütz, Mead, Hirschman, Callé y el equipo del Movimiento Antiutilitarista en las Ciencias Sociales (MAUSS, por sus siglas en francés) y Jean-Marc Weller.

Para Corcuff, Ervin Goffman, François Dubet y Jon Elster han trabajado los enfoques más sistemáticos de la pluralización del actor. Destaca del primero su análisis de dentro y fuera de los marcos, donde toda secuencia de actividades está inserta y es vulnerable a las transformaciones sucesivas que llevan a cabo una estratificación de la realidad. De Dubet, llama la atención sobre su noción de experiencia como actividad cognitiva, o una manera de construir la realidad y, sobre todo, de verificarla, de experimentarla. De Elster, resalta su hipótesis del yo múltiple y de las diversas figuras más o menos radicales o débiles de la división del yo.

En estos trabajos, Corcuff incluye la noción de repertorios difundida entre diversos sectores de las ciencias sociales. Próximo al concepto de *stock* de conocimientos disponibles de Schutz, los repertorios de competencias son proporcionados a los actores por el complejo cultural, con los cuales construyen estrategias de acción o negocian sus identidades. Hacen uso de esta noción Ann Swidler, Jean-Loup Amselle y Geoffrey Lloyd.

Finalmente, Corcuff da cuenta de las contribuciones que conforman la llamada sociología de la justificación pública de Boltanski y Thévenot, animadores del Grupo de Sociología Política y Moral, y de la sociología de los regímenes de acción que ellos mismos esbozan. Respecto a su primera contribución, Boltanski y Thévenot investigan las disputas que provocan la crítica y la justificación de las personas en los ámbitos públicos, esto es, potencialmente a la vista de los demás y en respuesta a las peticiones de explicación de otros miembros de la colectividad. Han identificado seis registros de justificación pública que les permite descubrir cómo cada ciudad propugna una manera de medir la grandeza de las personas en relación con el bien común y la justicia.

Con la sociología de los regímenes de acción, ambos buscan recuperar las situaciones diferentes del mundo social, y proponer conjuntos conceptuales distintos en función del tipo de situación, con el fin de reconstruir un enfoque global partiendo de la elaboración de modelos regionales. Además del régimen de justificación pública, los investigadores han esbozado regímenes de acción a partir de un doble eje (medida)/no equivalencia (desme-

sura) y paz/disputas, que Corcuff invita a conocer este intento de tener en cuenta la heterogeneidad interna de la acción al tiempo que se identifican sus articulaciones.

Al final del recorrido, Corcuff ha mostrado las sociologías constructivistas nuevas y sus relaciones con otras disciplinas y orientaciones, como la filosofía, expuesto sus propuestas epistemológicas lejanas del ultrarelativismo y de sus vínculos con consideraciones éticas y políticas, con las que pueden contribuir a abrir ámbitos nuevos de posibilidades a la acción humana, en particular a la de los más dominados. Los constructivismos, concluye Corcuff, pueden constituir armas contra las formas diversas de conservadurismo social y político.

Felipe J. Mora Arellano*

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología y Administración Pública de la Universidad de Sonora. Correo electrónico: fmora@sociales.uson.mx